

WARHAMMER  
40,000



EL REY  
DOS VECES MUERTO

# REINADO



NATE CROWLEY

minotauro



EL REY  
DOS VECES MUERTO

# REINADO

---

A small sun symbol with rays, positioned centrally below a horizontal line.

NATE CROWLEY

minotauro

*El rey dos veces muerto nº 02 Reinado*

Versión original inglesa publicada por Black Library.  
*The Twice Dead King: Reign* © Copyright Games Workshop Limited 2021.

*The Twice-Dead King: Reign, El rey dos veces muerto nº 02 Reinado,*  
GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy,  
el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer,  
Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones,  
imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes,  
y el distintivo \* o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK.

Título original: *The Twice-Dead King: Reign*  
Ilustración de la cubierta: Vladimir Krisetskiy

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
© 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Rocío Morón, 2023

ISBN: 978-84-450-1689-3  
Depósito legal: B. 4246-2023  
*Printed in EU* / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conflicencia.com](http://www.conflicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros



## CAPÍTULO UNO

# REFLEJOS

«¿Cómo hemos llegado a esto?»

Oltyx pretendía decir las palabras en voz alta, pero no encontró la voluntad para hacerlo. Últimamente no hablaba mucho, pues, cuando el silencio fluía de nuevo a su lugar, no hacía sino recordarle lo solo que estaba. Así que dejó que las palabras se depositaran en el vacío de su mente para que, al menos, le hicieran compañía a su eco.

«¿Cómo hemos llegado a esto?»

Ismaronsz ardía. Oltyx observó cómo el amanecer se extendía trazando un arco sobre el árido mundo necrópolis, consumiendo una noche salpicada de relucientes cráteres de impacto y dejando a su paso un desierto cubierto de columnas de humo. Por delante de la luz del sol avanzaba una línea de feas naves de guerra que volaban por los mismísimos límites de la exosfera del planeta dejando caer aún más bombas desde sus vientres anchos como ciudades. De la velada superficie brotaron unos chorros de fuego gauss que consumieron dos, tres, seis de las naves bárbaras. Pero no era suficiente. Los pecios de las naves abatidas cayeron, dando tumbos en silencio, al océano de humo, junto con las bombas de las supervivientes, para pulverizar lo que quedara aún en pie.

Oltyx escuchó las últimas señales de la onda transmisora, que discurrían por las bandas intersticiales mientras los remanentes de la cohorte de defensa orbital de Ismaronsz se enfrentaban a su final.

—*Los Impuros nos superan... han atacado nuestro núcleo...*

—*Tasa de fallo de reanimación acercándose a la totalidad... Hemos perdido a la Sexta Legión...*

—*Pero, mi señor, no quedan guadañas que lanzar...*

—*Maldito sea Unnas por abandonarnos...*

Oltyx ya había visto y oído bastante. Agitó su mano oscura y mellada a través de la masacre que estaba sucediendo ante él, dejó atrás de un barrido esa imagen del mundo y caminó hacia la siguiente escena de devastación.

Ahí estaba Tarramun, donde los mausoleos de su pueblo flotaban suspendidos en el hirviente corazón de un gigante gaseoso. «Esos sepulcros reforzados con diamante han soportado sesenta millones de años de fuerzas elementales demoleadoras ahí abajo —pensó Oltyx— para que ahora todo acabe así». Entre los esqueletos enmarañados de los cruceros necrones, las últimas baterías de látigos de partículas del planeta estaban siendo superadas, despedazadas por enjambres de cazas tan densos que parecían una niebla. Con un silencioso destello verde, una de las antiquísimas plataformas de armas detonó, y se llevó consigo a cientos de atacantes. Pero apenas tuvo impacto. Miles de naves más estaban atravesando ya la tormenta de fuego de su muerte en dirección a la abertura gravitacional que conducía a los complejos funerarios.

A través de la escena levemente traslúcida, apenas distinguible, Oltyx vio caer otro planeta ante el enemigo, y otro detrás. Las imágenes, tejidas de luz, que se sucedían a lo largo del pasillo central del sanctasanctórum real, procedían de constructos de monitorización diseminados a lo largo y ancho del espacio, perteneciente a la que antaño había sido la poderosa dinastía de Ithakas. Llevaba ciento cuatro horas paseándose arriba y abajo, a lo largo de aquella línea, y ya no se molestaba en rodear las proyecciones: simplemente las atravesaba, haciendo que las imágenes centellearan y se distorsionaran a su paso.

Pero siempre volvían a formarse tras él y, con cada nuevo tránsito, la situación que mostraban era peor. Hacía un tiempo que Oltyx había terminado por aceptar que no estaba observando el progreso de una guerra: estaba contemplando la caída de su imperio en tiempo real. Y, por mucho que supiera que un rey debía sentirse seguro de sí mismo, esto estaba empezando a afectarlo.

Con un breve estallido de estática intersticial, un crucero de clase Guadaña se fue a pique junto a su hombro izquierdo al estallar su sepulcro

de motores estalló ante el bombardeo de seis acorazados enemigos. En el camino a través del vapor espectral color verde gauss, del floreciente capullo provocado por su muerte, Oltyx levantó su placa facial y observó cómo los burdos vencedores de proas afiladas se escabullían hacia el planeta, ahora indefenso, que el crucero había estado protegiendo. La visión de aquellas naves, poco aptas para surcar el vacío y, aún así, con libertad para saquear el legado de Ithakas, hacía que su núcleo le hirviera de repugnancia.

«Humanos», pensó aquella palabra con una punzada de odio. Esta variedad de Impuros no había llegado a dar sus primeros pasos en el camino de la consciencia hasta el mismísimo final del Gran Letargo de su pueblo. Dichas criaturas habían ido dando tumbos por ciclos caóticos de expansión y colapso mientras los necrones dormían, perdiendo grandes extensiones de los escasos avances que habían conseguido antes. Pero habían insistido, y ahora estaban inmersos en lo que debían de ser los últimos coletazos de un periodo imperial que había fundado un místico matón hace diez mil años en su planeta natal.

Se trataría de una trivialidad: un culto marcial degenerado que perseguía el cascarón de antiguas conquistas. «Y, sin embargo, aquí están», pensó Oltyx amargamente. E, incluso armados con una tecnología tan patética como la que tenían («¡por la Triarca!, usaban una munición sólida»), estaban barriendo la totalidad del imperio de Ithakas, otrora bastión del poder necrontyr en el oeste galáctico.

«Cruzada» era como llamaban los humanos a esta flota de guerra, una marea de superstición y odio que se manifestaba como una armada de miles de naves. La habían avistado hacía meses, aproximándose a Sedh, el mundo fronterizo en el que Oltyx había visto pasar los siglos de su exilio. Ya, entonces, había comprendido que la flota Impura iba a ser la perdición de Ithakas.

En otros tiempos, un enemigo como aquel habría resultado irrisorio. Pero la dinastía se había vuelto débil, y se pudría por dentro mientras Unnas, su dinasta, languidecía sumido en la locura. Como si de una bestia anciana y torpe se tratase, el imperio había estado a punto de ser devorado vivo antes de darse cuenta siquiera de que lo estaban atacando. Por mucho resentimiento que albergara hacia el rey que lo había exiliado, Oltyx no había sido capaz de hacerse a un lado y observar cómo todo desaparecía. En cuanto se enteró de que venía la armada, viajó hasta el

mundo-corona Antikef para abogar por la defensa del reino, arriesgándose a la muerte al romper las condiciones de su exilio.

Primero, acudió al kynazh Djoseras, su hermano mayor y el heredero al trono. Pero este, paralizado por su lealtad a Unnas, no le ofreció nada. Entonces, al no quedarle otro camino, Oltyx acudió al propio Unnas. Aquello... no salió bien.

Resulta que, durante los años en los que Oltyx había estado ausente, la corte había caído ante la maldición del Desollador. Y lo mismo le había ocurrido al rey: Unnas se había sumido por completo en la degeneración y se había convertido en poco más que una marioneta de su ruin consejero, Hemiun. El cortesano traicionero arrebató a Oltyx todas sus mejoras reales y lo encarceló en la cripta profanada de Ithakka *el Fundador*, junto con una colección de monstruos. En las profundidades de aquel decadente zigurat, Oltyx estuvo a punto de perder la cordura.

Pero, al final, Djoseras entró en razón. Mientras Oltyx estaba encarcelado, su hermano mayor había congregado a los pocos mundos que aún podían luchar y estaban dispuestos a ello, y había reunido una flota con la que llevar a cabo la última defensa desesperada de Antikef. En el fragor de la batalla, mientras centenares de acorazados se enfrentaban a lo largo y ancho del sistema local, Djoseras irrumpió en el palacio del mismísimo Unnas y salvó a Oltyx de la destrucción para que pudieran luchar juntos.

«Y cómo luchamos», se lamentó Oltyx. Dentro de las murallas de la necrópolis decadente, los dos vástagos habían comandado la defensa de la capital con todo en contra. Durante un ciclo solar, naves espaciales llovieron sobre los desiertos del mundo-corona, hasta que Oltyx casi empezó a preguntarse si la dinastía conseguiría capear el temporal. Pero, entonces, llegaron las naves de desembarco.

El sistema ocular de Oltyx detectó un movimiento a su derecha: como invocado por sus estratos engramáticos, un enjambre de formas voluminosas y rudimentarias se acercaba pesadamente desde el borde de la proyección más cercana, aproximándose lentamente al mundo de Gehsekt. Eran unas naves gigantes de una simplicidad apabullante: poco más que cajas de acero herméticas atestadas de una hedionda carga orgánica. Pero no les hacía falta ser más que eso contra un imperio que había gastado lo mejor de su fuerza hacía tantos milenios.

Porque, al parecer, los humanos eran innumerables. En el segundo ciclo solar de la batalla de Antikef, habían invadido la ciudad a través de

oleadas de millones de efectivos, arrollando el antiquísimo bastión de la necrópolis a base de mero derroche de soldadesca. Djoseras había hecho uso de todas y cada una de las contingencias defensivas, cada cual más monstruosa y antigua. Había sacado hasta la última migaja del marchito poderío de la dinastía de los sepulcros de almacenamiento y los apéndices dimensionales. Pero Ithakas llevaba demasiado tiempo pudriéndose en la decadencia. Pese a su grandeza, lo que quedaba no era suficiente para contener la marea.

El mundo-corona cayó. Y, aunque la *Akrops*, la nave que llevaba ahora a Oltyx, había convertido la superficie del planeta en un mar de roca en ebullición, aquello apenas supuso una venganza. Ahora Antikef era un punto de escala para la cruzada de los humanos. En ese mismo momento, sus naves salían de la disformidad a centenares y, cada pocas horas, se separaba del grueso una nueva flota de ataque que se dirigía a uno de los mundos-núcleo. No había defensa posible contra una acometida como aquella, Oltyx lo sabía. Lo único que podía hacer era observar.

Ahora, fulminaba con la mirada las figuras ahusadas que se congregaban sobre la superficie fundida del mundo-corona de la siguiente proyección. Aunque más de la mitad de la armada de los Impuros apenas portaban armas (vehículos civiles pertenecientes a su extraño culto, más naves de carga, de hospital y transportes de tropas), en su núcleo había centenares de embarcaciones militares, algunas de las cuales tenían un tamaño que rivalizaba con el de las naves de vacío necronas. Y, liderando esta gran hueste de naves de guerra, como si fueran las cabezas de alguna bestia salida de los textos antiguos, había tres leviatanes.

El buque insignia humano era una nave llamada *Polifemo* que la *Akrops* había chocado al salir de Antikef. El golpe le había arrancado la proa a la nave y debió haberla hundido. Pero Oltyx era lo bastante listo como para no dar por sentado una muerte sin haber visto el cadáver.

La segunda cabeza del monstruo era la *Lestrigona*, una nave con forma de martillo rojo sangre que era, a la vez, fortaleza y templo de una orden de guerreros transhumanos llamados Astartes: los *Space Marines*. Esta era la que, finalmente, había conseguido perforar las murallas de la necrópolis con un temerario bombardeo atmosférico antes de arrojarlas oleadas de Astartes que lideraron el saqueo. Era un demonio.

La tercera gran nave había llegado justo después de la batalla de Antikef y era la más extraña de las tres. Oltyx la miraba, ahora, mientras

el enorme símbolo que lucía en el flanco (una calavera metida en una primitiva rueda dentada) brillaba iluminado por el reflejo de la devastación del planeta que tenía debajo. Se llamaba *Tiresias* y pertenecía a los miembros del culto a las máquinas del mundo conocido como Marte. Debían de estar aquí para saquear la noctilita de las tumbas de Ithakas. Aunque, por mucho que fueran chatarreros, no habían venido desarmados: la nave llevaba armas de otra época, pero más formidables que nada que Oltyx hubiera visto antes en una embarcación humana.

Ante la visión de aquello, este no pudo soportar seguir mirando las naves bárbaras. Con el zumbido bajo, que llevaba haciendo las veces de suspiro desde que su pueblo renunció a los cuerpos orgánicos, apartó la vista de Antikef y luego dio la orden de que todas las proyecciones que había a lo largo del santuario se disiparan. Se desvanecieron, y se llevaron con ellas su coro de lamentos intersticiales, hasta que el santasancórum quedó sumido en la oscuridad una vez más. La única luz que quedaba era el resplandor de las estrellas al otro lado del puerto de observación. Y entre esas estrellas y él había una sombra negra y roma ya imposible de seguir ignorando.

El trono.

Por lo que Oltyx sabía, aquella enorme losa era el último trozo de piedra del mundo-corona que quedaba bajo soberanía de Ithakas. Era una réplica del trono que había habido en el zigurat palaciego de Unnas, que se había instalado aquí para proporcionar un asiento adecuado al dinasta, en caso de que este encontrase algún motivo para viajar por las estrellas. Pero Unnas no había salido de los muros de su corte durante siglos, así que llevaba mucho tiempo vacío. Ahora, la vacuidad del asiento llamaba a Oltyx. Había pasado de ser *un* trono a ser *el* trono.

Mientras caminaba resentido, se planteó sentarse, por fin, en aquel trasto. Pero, igual que hacía cada vez que se le ocurría lo mismo, después de dar unas cuantas vueltas por la habitación, optó por rodear el trono y quedarse de pie ante el puerto de observación, contemplando el vacío.

Oltyx dejó escapar otro análogo de suspiro y, mientras el sonido reverberaba en el frío, un resplandor se extendió por el puerto de observación. Era un resplandor verde: unos rayos de luz que ardían lentamente, como magma que se filtra desde el suelo de alguna trinchera oceánica. «¿Naves?», gritó algún sistema profundamente arraigado en su

flujo, y sus estados de combate comenzaron a ejecutarse solos ya antes de que su búfer óptico pudiera analizar el verdadero significado de las luces. Pero él sabía que aquello no eran naves enemigas. Aquello era su reflejo: los nodos de descarga de su maltrecha coraza, destellando con diminutas exhalaciones de plasma mientras los pensamientos revolvían su flujo nuclear.

Iluminado por aquellos crepitantes puntos de luz, el cuerpo de Oltyx era un páramo de una sustancia negra como el hollín: pura necrodermis desnuda, salpicada de grietas y agujeros. Un necrón de la línea real de Ithakas debería haber llevado oro y plata, por supuesto. Pero el día de su exilio, tuvo que someterse al rito de la excoriación, en el que fue desprovisto de su estatus. Desde entonces, solo había adquirido cicatrices.

Pese a todo, en su reflejo brillaba ahora una luz nueva, más intensa. En el centro de su figura enorme, medio arruinada, el cartucho torácico que portaba el símbolo de su dinastía brillaba con más fuerza que nunca. No era como el que había en el pecho de cualquier otro necrón del reino. Y, en los ciclos solares que habían transcurrido desde la muerte de Antikef, no había hecho sino volverse más complejo e intrincado. Ese era el símbolo real en su forma más perfecta y era el signo de la divinidad de su portador.

Porque, por supuesto, con el mundo-corona no solo se habían perdido tierra y tumbas. El propio dinasta, el rey Unnas, había muerto; aquello había sido una bendición. Pero Djoseras *también* había caído en un duelo contra un campeón Astartes, después de ordenarle a Oltyx que escapara a bordo de la *Akrops*. No había sido ninguna bendición.

Oltyx y su hermano mayor nunca se habían entendido bien. De hecho, él se había pasado los últimos siglos prácticamente sin pensar en otra cosa más que en su odio hacia el kynazh, al que siempre había considerado vanidoso y pusilánime. No empezó a darse cuenta de cuánto habría merecido Djoseras heredar el trono de Ithakas hasta la mismísima víspera de la devastación. Y no lo entendió plenamente hasta que entonó sus ritos funerarios en la cúspide de las ruinas asediadas del palacio.

Djoseras. El que había sido su mentor, su rival, su hermano, durante sesenta millones de años. El único ser al que Oltyx se imaginaba sabiendo cómo luchar en unas circunstancias tan difíciles, aniquilado para siempre. Y, tras su muerte, él había heredado su derecho de nacimiento, por fin. Era rey.

«Regójate», pensó Oltyx mientras contemplaba la oscuridad del exterior. El brillo de las estrellas era débil aquí, en la densa nube de gas y hielo al borde del sistema solar de Antikef, donde la *Akrops* se había refugiado. Pero, aun sin la ayuda de su búfer óptico, podía distinguir, entre ellas, la luz, ligeramente más brillante, del sol del mundo-corona. Era patética: un tenue fantasma, eclipsado completamente por el reflejo del ardor de su propio cartucho.

Aquello era un mal presagio. Según los principios más arcaicos de los necrontyr, una inscripción no era solo el símbolo de algo. *Era* ese algo, por virtud del *heka*, la propia voluntad de quien lo había escrito. Esta era la razón por la que los necrontyr siempre habían estado dispuestos a sacrificarlo todo para defender sus tumbas, ya que, sin sus monumentos, los difuntos no podían tener honor, ni siquiera identidad. En un sentido muy real, el símbolo de su pecho *era* ahora la dinastía. Ya eclipsaba la luz divina de la estrella del mundo-corona. Y pronto, en cuanto condujera a lo que quedaba de su pueblo, lejos de este lugar condenado, aquella frágil llama de su núcleo titilaría sola en la vasta negrura. Ante la perspectiva del éxodo, el reflejo de su cartucho le pareció diminuto de repente.

Al cabo de un rato, Oltyx decidió que ya estaba harto de mirar aquel triste y oscuro despojo de estrella, al igual que lo estaba de ver cómo unos simios desmantelaban su reino. Era el momento de enfrentarse al futuro. Envío una orden intersticial a través de los huesos de la *Akrops*, que anuló todas las demás operaciones gracias a la fuerza de su sello, y, con la lentitud del sol que se hundía en el horizonte, la enorme nave comenzó a girar hacia el inmenso vacío que se extendía más allá del borde del sistema, para que él pudiera mirar hacia afuera. Mientras la *Akrops* rotaba, recibió, a través de los intersticios, una respuesta que llevaba los sellos del patrón y almirante de la nave. *Yenekh*.

—¿*Nuevo rumbo, mi señor?*—preguntó el guerrero, antaño conocido como la Cuchilla de Sedh. Sus palabras llevaban anexados montones de glifos de duda involuntarios cuando aparecieron en la mente de Oltyx. Se dio cuenta de que *Yenekh* no tenía claro cómo dirigirse a su rey. En sus largos años de exilio, el gran almirante había sido lo más cercano a un amigo que había tenido. Pero aquella situación no podía mantenerse, pues un rey no podía tener iguales.

«Y un rey no le debe explicaciones nadie», pensó Oltyx, y descartó el mensaje sin responderlo. Intentó convencerse a sí mismo de que su

silencio se debía a las formalidades que exigía su rango, pero aquella idea se desmoronó casi al instante en su búfer memético. Al fin y al cabo, había otra razón mucho más problemática para evitar hablar con Yenekh.

Había algo que tenían pendiente, un asunto inacabado. Y, aunque sabía que ninguno de los dos tenía ganas de zanjarlo, era un problema que vendría a buscarlos más pronto que tarde si no lo abordaban ellos primero.

Aquella desagradable cuestión con Yenekh era solo uno de los muchos horrores que el futuro albergaba para Oltyx. Y no había forma de evitar ninguno de ellos. Mientras los motores rugían en las profundidades, haciendo virar la enorme quilla de la nave para que le diera la espalda a su estrella natal, empezó a arrepentirse de haber dado la orden de girar, pues esta le había mostrado cuán poco espacio había para la esperanza.

A través del cristal del puerto de observación se veía un nuevo conjunto de luces, trémulas constelaciones de destellos verdes que se acurrucaban formando un cúmulo disperso, como si buscaran calor en el vacío, entre las que navegaban chispas más pequeñas. Esta vez, las luces sí que eran naves: aquellas que habían escapado de la masacre de Antikef y las leales, las que habían respondido a la llamada de Djoseras en los días que habían pasado desde entonces. Por primera vez desde que Ithakka *el Fundador*, lanzara su nave-mausoleo hacia Antikef desde su mundo natal, en el albor de los tiempos, el gobernante de la dinastía podía ver todas sus posesiones a la vez.

Los buques se habían reunido aquí bajo un velo apotropaico conjurado por la propia *Akrops*. El protocolo bastaría para ocultarlos indefinidamente de los ojos de los Impuros. Pero, por muy tentador que resultara permanecer ocultos, eso habría sido una muestra de deshonor hacia Djoseras.

Porque esta flota era el verdadero legado de su mayor. El kynazh había sabido que Antikef estaba condenado desde el momento en que había visto la armada de la cruzada, igual que Oltyx. Así que, antes de empezar a reunir naves de los mundos-núcleo para la batalla de Antikef, había llamado a Yenekh de Sedh y le había encargado una misión de ayuda particular.

Siguiendo esas órdenes, la *Akrops* hizo visitas relámpago a los mundos necrópolis más importantes de la dinastía y les ofreció un duro ultimátum: subir a bordo con las tropas, máquinas de guerra, reliquias

y tesoros que pudieran translocar a la nave en el plazo de una hora o quedarse a merced de los estragos de los Impuros. Por supuesto, muchos se burlaron, demasiado perdidos en su propia decadencia como para tomarse en serio la amenaza de una especie inferior, o demasiado escandalizados ante la aparente blasfemia de abandonar el *kemmeth*, el territorio divino de los necrontyr. Yenekh no perdió el tiempo con ellos.

Aun así, por cada dominio que había ignorado la oferta, otro la había aceptado. Al final, la *Akrops* se vio obligada a abandonar la misión y a volver a toda prisa a Antikef para recoger a Oltyx antes de que la capital fuera invadida por completo. Sin embargo, el asedio aguantó lo suficiente para que la gigantesca nave pudiera dar una vuelta por gran parte de Ithakas, así que llegó cargada hasta los topes de refugiados. A bordo de ella había *complejos sepulcrales* enteros, teletransportados en bloque a sus bodegas cavernosas, todos acompañados de sus legiones correspondientes.

Los demás navíos, que habían venido como habían podido hasta allí, portaban una carga similar y, entre todas, los mellados cascos de la flota del éxodo contenían la totalidad de la dinastía. Esto no bastaría ni de lejos para recuperar y mantener ni siquiera un rincón de sus antiguos dominios. Pero bastaría, al menos en teoría, para reclamar un nuevo hogar en algún rincón, entre aquella sórdida plaga de culturas inferiores que había florecido en la galaxia durante el largo sueño de los necrones.

Todo esto lo había organizado Djoseras. Incluso se había dejado destruir por ello. El poder lo había sido todo para los necrontyr, y significaba aún más para los necrones que habían heredado sus mentes. Y, aun así, Djoseras había renunciado al mayor poder existente, el oro divino de la monarquía, solo por su fe en Oltyx. Estaba convencido de que su menor tenía un talento que él, como la mayoría de los suyos, jamás sería capaz de comprender: la capacidad de adaptarse. Djoseras pensaba que Oltyx tenía el ingenio y la voluntad necesarias para cambiar las antiguas costumbres en pro de la conservación de su pueblo. Creía, sin lugar a dudas, que llevaría a Ithakas a la supervivencia.

Todo eso era muy halagador, por supuesto. Pero, mientras contemplaba las luces de la flota del éxodo y su búfer fantasmático se llenaba de imágenes de todos los señores nobles que esperaban sus órdenes para zarpar, el nuevo rey se dio cuenta de algo terrible.

No tenía ni la más remota idea de qué hacer a continuación.

En aquel momento, sintió el peso del trono sobre él, casi como si lo llevara a cuestras. Se dio la vuelta, fulminando con la mirada el trozo de piedra con la misma violencia que normalmente reservaba para sus enemigos, y, cuando por fin reconoció que no iba a conseguir que se desmoronara a base de intimidarlo, se resignó a sentarse en aquel maldito trasto.

—Quizás piense como un rey —dijo en voz alta, complementando las palabras con destellos de sarcasmo— si me siento en un asiento propio de uno.

Entonces, se sentó y pensó. Le dio vueltas, en su búfer memético, a la cuestión de adónde dirigir la flota una y otra vez, pero la roca del mundo-corona no rezumó ni una gota de sabiduría y su flujo no hizo sino volverse más turbulento a causa de la indecisión. Pasaron las horas hasta que el pensamiento se desmoronó por completo y lo único que pudo hacer fue quedarse mirando aquellas pocas naves y su propio reflejo delante de ellas: un rey derrotado al comienzo de su reinado, que resultaba minúsculo en la reliquia que era su trono.

Oltyx volvió en sí cuando un callado glifo de aviso de su sistema de simocepción le informó de que la cubierta estaba vibrando bajo el trono. El estremecimiento se produjo de nuevo y fue creciendo hasta convertirse en un estruendo que duró unos segundos e hizo que las lámparas gauss del sanctasanctorum comenzaran a parpadear. Eso no era algo inesperado. Aquellas molestias eran comunes en la *Akrops*, incluso antes del daño que había sufrido en Antikef, pues era una nave vieja y hacía mucho que estaba deteriorada, a un nivel que nunca podría repararse del todo.

Sin embargo, las diminutas fluctuaciones de la luz habían provocado interrupciones en su búfer óptico, que estaba calibrado para detectar hasta el más pequeño desliz en el camuflaje de un asesino. Así que, durante el brevísimo instante que siguió al parpadeo, mientras su vista se recalibraba, la oscuridad lo invadió.

Cuando recuperó la vista, descubrió que el reflejo que había en el puerto de observación ya no era el suyo.

La figura que había en el trono tenía más o menos su forma, pero estaba ataviada con el oro reservado solo para el dinasta. El metal no brillaba. Los canales de su coraza estaban atascados de mugre y sangre, y a su alrededor flotaba una asquerosa nube de moscas sepulcrales. Su placa facial tampoco

era la suya: estaba deforme, pero no podía ver cómo, ya que estaba velada por una máscara con la imagen de una calavera. Un solo ocular destellaba desde la sombra de una de sus cuencas; la otra estaba vacía y oscura.

¿Era la imagen de Unnas, quien en otro tiempo había sido su padre y su rey? ¿Unnas, que se había perdido en la locura del don de Llandu'gor, se había autoproclamado *Devorador de Dioses* y había convertido la necrópolis de Antikef en un sórdido vertedero de cadáveres? ¿O era un horror nuevo, conjurado enteramente por el estrés que sufría su propia mente? Fuera lo que fuera, seguía allí, fulminando a Oltyx con la mirada de su ocular solitario y engalanado con la sonrisa de un cadáver.

«Es un error —pensó Oltyx mientras la frialdad de la piedra sobre la que estaba sentado se acentuaba, de repente, a juego con el terror que calaba su núcleo—. Fugas engramáticas— insistió para sí. Tenía que serlo; refrenamientos debidos al estrés de la batalla o a la reparación del daño que Hemiun le había infligido. Una fusión aleatoria de los recuerdos y la percepción a la que no había que otorgarle significado alguno— Solo un error.

«O locura —siseó la aparición con ácida crueldad—. Oltyx, ¿te das cuenta de la importancia del trono en el que estás sentado? ¿Sabes acaso cuándo fue la última vez que sostuvo el peso de lo divino?»

Oltyx se quedó helado y no fue capaz de emitir más sonido que el tintineo de la piedra al descascarillarse cuando sus dedos se tensaron sobre los brazos del trono. ¿Contestar a esta criatura dispararía la refrenación de sus sistemas perceptivos que la habían hecho aparecer o, simplemente, lo haría adentrarse aún más en la locura? ¿Una alucinación conjurada por el heka de un rey era algo real? En cualquier caso, no pudo evitar reflexionar sobre la pregunta, ya que él sabía exactamente cuándo se había sentado aquí el antiguo rey por última vez.

—Sokar —dijo Oltyx, y el espectro se rio.

«Sí... En los buenos tiempos. Los últimos días de la guerra de Szarekh, la gran Guerra en el Cielo. Era aquel momento agrídulce en el que nos dimos cuenta de que habíamos conquistado a los Ancestrales, pero nos habíamos desgastado en el proceso. Y aquel en el que, abrumado por el destino que, presa del engaño, nos había infligido a todos, Szarekh planeó una última lucha.»

—Contra los C'tan —aventuró Oltyx, cada vez más inquieto ante el hecho de que el error de flujo que había provocado la aparición no se hubiera resuelto aún. Entonces, el rey reflejado asintió gravemente.

Los C'tan eran dioses de la peor clase. Les habían ofrecido a los necrontyr la victoria no solo sobre sus antiguos enemigos, los Ancestrales, sino sobre la propia muerte. Szarekh había aceptado su bendición, pero no descubrió el precio que su pueblo tendría que pagar hasta que fue demasiado tarde. Sucedió que la liberación de la muerte se conseguía mediante el abandono de la vida. Y, así, el día de la biotransferencia, los necrontyr fueron reemplazados por necrones, desprovistos de sus almas y atados a armazones de metal que durarían hasta que el propio tiempo los erosionara y los redujera a átomos.

—Szarekh te... lo convocó para que participara en el ataque final, ¿verdad?

«Convocó a Unnas, sí. A él y a otros cuatro, con sus mejores armas.»

—Me acuerdo.

Oltyx se acordaba. Unnas se había marchado de Antikef en aquella misma nave, con el rey-almirante Korrocep y una tripulación de cien mil miembros, y solo dijo que se dirigían a un lugar llamado Puerta de Sokar. Al cabo de un año, regresó a bordo de la nave, que estaba destrozada casi hasta la aniquilación. De Korrocep y la tripulación no había ni rastro. Y, aunque Unnas afirmó que se había logrado una victoria, nunca dijo ni una palabra más al respecto.

Fuera lo que fuera lo que ocurrió en Sokar, lo cambió profundamente, hasta el punto de que Oltyx se estuvo preguntando durante mucho tiempo si, en la práctica, el que había vuelto era realmente Unnas. En el palacio de Antikef, al enfrentarse al Devorador de Dioses, en su salón, Oltyx había llegado a rozar la superficie de la verdad, pero el grueso de esta permaneció oculto. Había descubierto que todas las dinastías, cuyos reyes habían volado a Sokar, habían caído en la ruina hacía mucho tiempo. Ithakas había sido la última. Y, ahora que Unnas había desaparecido, no quedaba nadie, salvo quizás el propio Szarekh, que sabía lo que había ocurrido allí.

—¿Qué le ocurrió a Unnas allí? —preguntó Oltyx, con una voz tan queda que era como el roce de una piedra al moverse. Pero las lámparas parpadearon de nuevo y la criatura dorada desapareció para ser sustituida de nuevo por su propio reflejo, de color carbón. Oltyx sintió un frío profundo y una sensación de ausencia, como si su flujo nuclear se hubiera derramado en el vacío, como si algo que necesitaba desesperadamente lo hubiera dejado.

Tomó conciencia del silencio absoluto que había en la cámara del dinasta y de lo vacía que estaba. Era lo bastante grande para albergar a un centenar de guerreros, pero solo contenía el trono y, sentado en este, a él. En el último vuelo de Unnas desde las ruinas de Sokar, aquel vacío habría llenado toda la *Akrops*. Habría estado sentado solo en aquel asiento, en aquella nave en llamas, sin más que sus pensamientos, sin más que los recuerdos de lo que fuera que había hecho, en busca de compañía.

«¿Qué te pasó allí?»

El suelo volvió a temblar, entonces, y un hondo gemido se elevó desde las profundidades de la embarcación.

—*Mi rey*. —Era Yenekh de nuevo, con el tono inconfundible de un noble que se está preparando para darle malas noticias a su dinasta—. *Con su fulgor, se habrá dado cuenta de que hemos tenido una pequeña dificultad con la transferencia energética hace un momento. Parece que los motores de la Akrops han sufrido un daño mayor del que pensábamos en un principio y la rotación que ha ordenado a la nave ha provocado un evento de refrenamiento.*

Oltyx habría mantenido su silencio anterior, pero, alterado por la aparición que se había presentado con el aspecto del dinasta asesinado, se encontró con que su temperamento rompió el sello de su búfer vocal.

—¿Estás criticando un mandato real, almirante?

—*Al contrario* —continuó Yenekh con soltura, anexando a la transmisión solo unos discretísimos significadores de estrés—. *Pretendo ensalzarlo, como le corresponde, por su sabiduría. Al ordenar que la nave dé la vuelta, ha proporcionado a este leal súbdito un aviso temprano de la debilidad del motor, como seguramente era su intención. Mientras hablamos, un subcónclave de plasmantes se está translocando aquí desde el Robamanos, recién llegado de Phylskh, para estimar los fallos. Se le ordenará a su espíritu autónomo que realice una secuencia de autoadecuación completa para no tener la guardia baja cuando surja la necesidad de moverse.*

«Como seguramente era su intención —pensó Oltyx—. Por los dientes de Szarekh, qué cara tiene». Aunque deseaba mantener su ira despierta, no lo logró. De alguna forma, la Cuchilla de Sedh había encontrado el tono exacto con el que pinchar a su rey sin abandonar en absoluto el protocolo. Era algo... atroz. Y, después del encuentro que acababa de tener, eso hizo que Oltyx se sintiera profundamente agradecido por la existencia de

Yenekh, pese a la gravedad de la confrontación que, sin duda, les deparaba en el futuro. Lo hacía sentirse menos solo.

—*Hablando de eso...* —aventuró Yenekh—. *Me he estado preguntando hacia dónde deberíamos movernos, cuando llegue el momento. Por supuesto, la decisión es solo suya, pero en mi época yo estuve viajando por las estrellas. ¿Quizás pueda ofrecerle algunas sugerencias tan disparatadas que, al contrastarlas con su sabiduría, la respuesta correcta resulte evidente?*

Oltyx dejó que los intersticios permanecieran en silencio un momento más —Yenekh esperaba la palabra de su rey durante horas, si hacía falta— e intentó disuadirse de aceptar la mano que le estaban tendiendo. Un rey no podía permitirse tener iguales. La divinidad hacía de un rey algo lejano; no podía ser cercano con nadie.

Pero, si algo era el búfer de Oltyx, era concienzudo, y, tras un segundo entero de deliberación, lo tuvo claro. «Todo eso es verdad —concluyó—. Pero este rey no está teniendo un buen día. Quizás no lo rebaje mucho aceptar un poco de consejo en este aspecto. O un poco de compañía».

—Muy bien, Cuchilla —dijo, por fin, dejando que un manto de glifos de fría ambigüedad cubriera el mensaje—. Te presentarás en la cámara del dinasta inmediatamente, donde tu rey te interrogará y revelará qué otras debilidades hay en la flota, que probablemente no hayas conseguido identificar. Luego, entonces, quizás oiga tus sugerencias y, finalmente, el nuevo dinasta de Ithakas se dirija a sus súbditos para tratar el asunto de cómo ha de ser su mundo-corona.

En respuesta, Yenekh no envió más que glifos de profunda obediencia, dispuestos con un immaculado equilibrio de humildad y donaire. El hecho de que la secuencia también se pudiera leer en el oscuro dialecto del mundo natal anterior a la biotransferencia, en el que esto se traduciría por «te has tomado tu tiempo, eh», seguro que era producto de la casualidad.